

# Mónica Acebedo

ILUSTRACIONES DE **Ana María Sánchez B.**

**EL ENIGMA DEL AMULETO**

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Mapa: Ana María Sánchez Baptiste.

Ilustración de la cubierta: Ana María Sánchez Baptiste.

© 2019, Mónica Acebedo

© 2019, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-8110-4

ISBN 10: 958-42-8110-0

Primera edición: septiembre de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

*«Pues si estas dificultades nos entorpecen a nosotros, que somos de su esencia, no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretarnos. Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios».*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ  
*La soledad de América Latina, 1982*





## NOTA

**D**urante unas jornadas de asistencia social en un hospital para mujeres de la tercera edad en Medellín encontré, por casualidad, estas cartas. Estaban en desorden, sin sobre y en muy mal estado. Las directivas del hospital desconocen la identidad de la destinataria, así como cualquier asunto relativo a ellas. Pregunté a residentes, personal médico y administrativo y nadie ha sabido darme información.

Mónica Acebedo

Enero de 2019



*Madrid, 5 de junio de 1986*

Abuela:

¡Secuestraron a Adelaida! Estoy segura de que te acuerdas de ella: mi mejor amiga de la infancia, esa de la que te hablé y escribí mil veces, la hija del vecino de mis abuelos, esa que también es huérfana de madre (se murió cuando ella nació). Estoy muy preocupada y lo peor es que mamá Belén no me quiere dejar ir a Colombia. Ella cree que solo quiero ir a verte y por eso insiste en no dejarme ir. Pero esta vez es diferente abuela; de verdad tengo que ir a la finca porque yo creo saber cómo lograr que liberen a mi amiga.

No tengo tiempo de contarte detalles, pero te prometo que luego te escribo con calma, pero es que ahora tengo que ir a una cabina telefónica (y de paso pongo esta carta) a llamar a mi primo Orlando porque estamos haciendo un plan para que mamá Belén me deje viajar.

Te quiero,

Carolina

PD. Me da mucha rabia que mamá Belén insista en tratarme como a una niña pequeña. Ya cumplí catorce años, pero para ella soy una bebé.



*Madrid, 10 de junio de 1986*

Abuelita linda:

Perdona la tardanza. Imagino que si ya recibiste mi carta anterior estarás preocupada. No he podido escribirte porque he tenido muchas cosas que hacer: terminar el curso (saqué buenas notas); hablar casi todos los días con Orlando; cambiar las pocas pesetas que me quedan por monedas para poder llamar a Colombia; y, planear la forma de viajar porque mi madrastra insiste en no dejarme ir.

Pues verás abuela, todo comenzó con una extraña llamada de Orlando hace unos días:

—¡Hola prima, Óscar necesita hablar con usted urgentemente!

—¿Óscar, el hermano de Adelaida?

—¡No se haga la tonta! ¿Cuál otro?

—Yo no tengo nada de que hablar con ese patán.

—Caro, déjese de idioteces, es de verdad urgente. Parece que una gente secuestró a Adelaida y los indígenas podrían perder todo el resguardo. —Yo creo que te hablé del resguardo indígena alguna vez abuela, ese que queda en la frontera con Venezuela, como a dos horas en mula de la finca de los abuelos—.

—¿Qué?, ¿cómo?, ¿por qué?

—Vea, yo no sé los detalles, pero tiene que llamar a Óscar porque Adelaida le dijo que si algo le pasaba le preguntara a usted por un tal enigma de un amuleto o no se qué cosa... que dizque usted sabía.



¡Ay abuela, qué lío! Sí, Adelaida sí me había contado una historia de enigmas, amuletos, conjuros de indígenas, una sola América, la Nación y muchas otras cosas raras; y, supuestamente yo soy la única que sé la forma de descifrar un tal enigma, pero la verdad siempre pensé que eran invenciones de ella porque que a veces actúa de forma muy extraña.

Pues no me quedó otra alternativa que llamar a Óscar desde un teléfono público. Me tocó tragarme el orgullo y la rabia que tenía contra ese pedante, maleducado que me había delatado cuando me escapé para ir a verte hace dos años.

Me respondió Zea, la indígena que trabaja en la casa de su padre (justamente es la hermana de Luna... supongo que de ella si te acuerdas, lleva muchos años en la finca de los abuelos).

—Mi niña Carolina, ¿ya sabe lo que pasó? —dijo la mujer sin ni siquiera saludarme— la tienen retenida y todo porque ella lo único que quería era ayudar a que la petrolera esa no nos quite el resguardo.

—¿Quién Zea?, ¿quién la tiene? ¿qué petrolera?

—Par...

—Qué hubo Carolina. Soy Óscar —quien por lo visto le arrebató el teléfono a Zea— gracias por llamar.

—¿Qué pasó Óscar?

—¡Carolina, tiene que encontrar la forma de venir a Naranjitos!

—No creo que pueda Óscar; mamá Belén no me deja. El último viaje en el que me escapé a visitar a mi abuela resultó un desastre, por su culpa... por si no se acuerda, y desde hace dos años no me deja ir a Colombia.

—Mire, yo no tengo tiempo de discutir. Parece que Adelaida está en manos de un grupo de indígenas que los llaman *marteros*. Ella se fue a hablar con ellos para que desistieran de vender el resguardo a una petrolera que estuvo haciendo unas excavaciones hace unos meses; es que parece que en el resguardo hay petróleo.

—Pero, yo creía que los *marteros* querían otra cosa; lo de una sola América. Adelaida me contó que ...

—No sé que es lo que le contó, ni qué es lo que quieren esos tales *marteros* —me interrumpió bruscamente— solo sé que antes de irse a hablar con ellos, ella me dijo que si algo le pasaba la llamara a usted. Que usted sabría qué hacer y a quién acudir, porque los señores esos mandaron decir que si no les resolvemos el enigma del amuleto no devuelven a Adelaida y además proceden con la venta de las tierras.

—¿Pero y su papá qué dice?, ¿la policía?

—Mi papá no sabe nada; cree que está por voluntad propia en el resguardo porque está enseñando a leer y a escribir a los niños.

—Esto está muy confuso Óscar —le contesté—; vea, voy a hablar con Orlando y con Leonardo que siempre van a la finca de vacaciones a ver qué se nos ocurre para que mi madrastra me deje ir.

Y, en esas estoy abuela. Esperando a ver qué hacer para poder viajar. Ya te contaré si lo logro o no.

Te amo mucho,

Caro



*Madrid 11 de junio de 1986*

Abuela:

¡Perdóname! Con todo este lío de Adelaida olvidé por completo darte las gracias por la tarjeta de cumpleaños; pero sobre todo por la fotografía de mi mamá que me enviaste. Me ha hecho mucho bien. Es que desde que murió mi papá siento que soy una pieza de rompecabezas que si no se ubica en el lugar adecuado no tiene ningún sentido. Ya no sé si soy colombiana o española, no me acuerdo de la cara de mamá... veo la fotografía, trato de recordarla, pero es en vano, solo visualizo a la del retrato. ¿Por qué se me borra su rostro? Ya sé lo que estás pensando, abuela, que es culpa de mamá Belén. Y bueno es que desde que murió papá (hace ya cuatro años, ¿puedes creerlo?) no hay una sola foto de mi mamá en casa.

Cuando él estaba vivo, allá en Bogotá, me enseñaba retratos y me contaba anécdotas, siempre a escondidas de mamá Belén. No comprendo cómo ha podido sentir celos de una muerta. Yo los escuchaba discutir muchas veces; en especial recuerdo una en particular, yo tendría unos seis o siete años:

—Ramón me has pedido que sea una madre para ella desde el día en que la conocí y luego cuando nos hemos casado me he comportado como tal. No entiendo por qué insistes en contarle historias de su madre biológica. Así nunca se adaptará. Me llama mamá y a la vez habla de su otra mamá. ¡Quién te entiende, Ramón! ¿Es que no ves que es por su propio bien?

—Ya lo sé, Belén, y te agradezco que la quieras y la mimes como si fuera tu propia hija, pero no por eso tenemos que borrar a su mamá de la memoria.

Pero a pesar de eso, mamá Belén es buena, abuela. Es verdad que me trata igual que a mis hermanos, que sí que son sus hijos, pero por alguna razón, que no llego a comprender, quiere sacar de mi memoria mi pasado, quiere que sea su hija y nada más, como si mi mamá no hubiera existido, como si tú no existieras. ¿Por qué, abuela? Además, insiste en que debo cambiar mi forma de hablar, que me debo vestir mejor porque ya soy una señorita, me dice que es mejor que pronuncie el castellano como lo hacen aquí en España, como mis hermanos; ¡si los vieras!, son totalmente españoles. Y bueno, te admito que también yo he perdido el acento bogotano.

De mi viaje a Colombia, abuela, no lo sé todavía, pero vamos por buen camino. Vieras que Orlando y Leonardo (ya sabes..., mis primos, los hijos del tío Gordo) escucharon decir a sus padres que la tía Amparo (la otra hermana de mi papá) está complicada durante las vacaciones con las gemelas (ya tienen como siete años); ella y su marido trabajan mucho y parece que la nana se marchó hace poco. Pues Orlando aprovechó la situación y le dijo a su papá que por qué no mandaban a las niñas con ellos a la finca de los abuelos en las vacaciones:

—Y de paso, por qué no le dices a la abuela que también invite a Carolina y a los chicos. Ella es muy buena niñera y le gusta mucho ir a la finca. Además, la pobre hace dos años que no ve a los abuelos —me contó Orlando que le dijo a su padre.

—Pues eso es una buena idea; Amparo no puede mandar a las niñas solas con mi madre porque ha estado enferma, pero si Caro viene de España y le ayuda, además de Luna... la cosa puede funcionar— se entusiasmó mi tío Gordo.

Ya el plan está en marcha. Cruza los dedos... tengo la esperanza de que pueda ir.

Te quiero mucho,  
Carolina



*Madrid, 15 de junio de 1986*

Abuela:

¡Funcionó! Voy a Colombia. No te podré ver, ya me lo ha repetido una y otra vez mamá Belén, pero sí voy a ver a mis otros abuelos. La abuela Lita dijo que hace dos años no me ve, ni tampoco mis hermanos y que le gustaría tener a todos sus nietos en las vacaciones. Sobre todo, ha insistido en que yo vaya, pues ya que soy la mayor, la puedo ayudar con la tropa de primos. Creo que a mamá Belén no le ha quedado más alternativa que aceptar la invitación de los abuelos, aunque no me deja llevar a los niños.

—Que no, que no, que no, Carolina. ¿No lo entiendes? Tus hermanos son muy pequeños para ese viaje. Ya los llevaré yo al final de las vacaciones cuando te vaya a buscar.

No son tan pequeños, abuela, Ramoncito ya tiene ocho años y sí que es un diablillo, pero seguro se lo pasaría muy bien en la finca con los caballos, el ganado, los árboles, el tractor y todo lo que hay allí. Y, el terremoto de Íñigo, que va a cumplir seis años, le vendría muy bien estar con sus primas que son casi de su misma edad. Pero no. Ya conoces a mamá Belén,

por ningún motivo dejaría a los niños tantas semanas sin su vigilancia. ¿Y yo? ¿Por qué no me puedo hacer cargo?

En fin, abuela, no sé si logre ayudar a Adelaida (mamá Belén no sabe nada de eso) pero por lo menos trataré de descifrar esas historias fantásticas que me contó mi amiga hace dos años. La verdad ni siquiera sé si es cierto que la tienen secuestrada o serán inventos de Zea. Es que todo es muy raro. Yo a veces creo que ella está por gusto en el resguardo; si es que a ella le encanta, abuela; no solo convivir con los indígenas, sino todo lo que sea naturaleza, animales y todo lo que tiene que ver con el campo.

Bueno, abuela, ahora no te puedo escribir más. Debo organizarme para el viaje. ¡Estoy tan emocionada!

Te quiero

P.D. Pronto te avisaré a qué dirección me puedes escribir. Ya encontraré la forma mientras estoy en la finca. Y hasta puede ser que te pueda llamar. Supongo que no será tan caro como cuando he tratado de llamarte desde aquí y aunque, desde que estás en esa nueva residencia nunca consigo que te pasen al teléfono, a lo mejor desde allá lo lograré.



*Bogotá, 20 de junio de 1986*

Querida abuela:

Llegué ayer a Bogotá. No viajé sola. Vine con una chica de nombre raro; Meike. Es la hija de una compañera del trabajo de mamá Belén. Es una suiza que llegó hace poco a Madrid y

al parecer su madre pidió a la mía que esté con ella en verano porque la pobre no conoce a nadie y, como mi viaje a Colombia ya era inminente, mamá Belén le preguntó a mi abuela si en vez de una ayuda con el grupo de nietos, no quería dos. La abuela encantada ha dicho que le apetece mucho tener a esa suiza también en casa. ¡Qué aburrido, abuela! ¿todas las vacaciones con una chica a la que casi no conozco y que no habla bien español? (ella habla suizo - alemán). Además, con el problema de Adelaida y el tal enigma del amuleto, se me va a volver un encarte.

Es una chica bonita; tiene unos ojos azules, aunque da la impresión de que se le van a salir de la cara, y el pelo largo, rizado y muy rubio (me gusta mucho, es tan diferente a mi pelo negro y baboso). Es unos meses menor que yo, pero me saca una cabeza. Quiero ser su amiga, pero es que no sé... no me sale y ella parece estar enfadada por algo. Cuando las azafatas nos llevaron a nuestros asientos, se puso su discman y casi ni me dirigió la palabra en todo el viaje.

Nos estamos quedando en casa de mi tío Gordo. Y mañana haremos turismo por Bogotá, dízque para que la suiza conozca. ¿Lo puedes creer?, con el apuro que tengo de llegar a Naranjitos... pero obviamente no podemos decir nada al tío. Bueno, tampoco es malo el plan, de paso yo también recuerdo sobre Bogotá; me da vergüenza, pero ya no sé casi nada de la ciudad en la que nací y pasé mis primeros diez años.

Te quiero, abuela

